

HISTORIAS DE CANÍBALES: UNA PARODIA DE LAS NARRATIVAS DE VIAJE

Philip Krummrich

Morehead State University

p.krummrich@moreheadstate.edu

RESUMEN: Este artículo analiza como el cuento “Historias de caníbales” de Ventura García Calderón (Perú, 1886-1959) deriva gran parte de su efecto de una hábil parodia de las narrativas de viaje. El autor juega con los personajes, la retórica, y varios de los tópicos del género para comunicar una protesta elegante contra las actitudes frecuentemente despectivas de los europeos hacia Latinoamérica, y en especial las que suelen aparecer en los relatos de viaje.

PALABRAS CLAVE: literatura de viajes, parodia, canibalismo

ABSTRACT: This article analyzes how the short Story “Historias de caníbales” [”Cannibal Tales”] by Ventura García Calderón [Peru, 1886-1959) derives much of its effect from a skillful parody of travel writing. The author plays with the characters, the rhetoric, and some of the commonplaces of the genre to convey an elegant protest against the often condescending attitudes of Europeans towards Latin America, especially those that tend to show up in travel writing.

KEYWORDS: travel writing, parody, cannibalism

Aún hoy, casi noventa años después de su primera publicación en *La venganza del cóndor* (1924), todos los lectores podrán apreciar los comentarios irónicos del peruano Ventura García Calderón (1886-1959) en su ingenioso cuento “Historias de caníbales.” El autor satiriza elegantemente los estereotipos e ideas erróneas que los europeos suelen aceptar en cuanto a Latinoamérica en general y la región amazónica en particular. Para el final del cuento, todos aplaudimos, o por lo menos nos permitimos una sonrisa sardónica, cuando los indígenas se comen al explorador francés Lucien Vignon, con sus actitudes imperialistas y su arrogancia norteña.

Lo que no es tan evidente al lector general es la parodia a múltiples niveles de la literatura de viajes, una parodia insistente desde las primeras palabras de la historia. Ventura García Calderón parece conocer el género a fondo, y se aprovecha una y otra vez de oportunidades de burlarse de sus tópicos y normas. Diplomático y viajero sofisticado él mismo, García Calderón sabe provocar la risa y a la vez comunicar su protesta contra las perspectivas desdeñosas del así dicho “primer mundo.” En vez de proclamar su indignación directamente, suscita una indignación paralela y equivalente en los lectores a través de un juego hábil con las convenciones de las narrativas de viajes.

Se nota desde el principio el fuerte tono irónico en la presentación de Lucien Vignon, “el explorador que ha publicado tantos libros excelentes y de quien no se ha vuelto a hablar más

después de la guerra.”(79) Vignon explora para publicar libros; publica libros para ganarse la fama; y a pesar de todos sus esfuerzos, queda ya del todo olvidado, excepto en este relato que un tal “Victor Landa” les cuenta a un grupo que nunca se describe. La literatura de viajes, para la época en la que García Calderón escribía, había llegado a ser un fin en sí mismo, sin las pretensiones a utilidad práctica que había tenido anteriormente. Vignon es el explorador/explorador típico: viaja porque sí, y para acumular materiales para sus libros: “...había recorrido todas las selvas del mundo...fue el primero que exploró algunas islas oceánicas y el misterioso reino del Tibet.” (79) Es conocidísima la respuesta a la pregunta de por qué se le ocurre a alguien subirse a la cima de una montaña: “Porque está allí.” Vignon quizá respondería: “Porque me da la gana publicar otro libro.” Jamás se nos explica lo que se propone hacer en la selva. Un rato después de su primera expedición, leemos que “Lucien Vignon quiso regresar al Perú a completar sus trabajos, (84)” pero lo único que ha hecho la primera vez es atacar a unos indígenas y llevarse cautiva a una indiecita para después casarse con ella. La segunda vez le parece interesar la posibilidad de hallar “las mariposas de fuego más hermosas.” (85) Para él, quizá la india y las mariposas no son tan diferentes: trofeos de sus aventuras. Es el explorador impertinente por excelencia, y García Calderón nos invita a imaginarnos las mentiras y tonterías que habrá escrito en el libro sobre su breve y sangrienta visita a la selva peruana.

El cuento está lleno de alusiones a personajes, episodios, y temas del subgénero de libros sobre aventuras en la floresta tropical. Una y otra vez se refiere a la atracción misteriosa e irresistible de la selva, una atracción sentida hasta por el gobernador de Loreto, y de la cual han sido víctimas, entre otros, “mister Roberts, el director de la ‘Iquitos Rubber Company’” y “el sobrino de Garibaldi, que ha llegado a ser jefe de tribu...”(81) La imaginación europea es capaz de figurarse un hombre blanco que abandone la civilización y se entregue a la vida salvaje, pero con la reservación mental que el europeo, dotado por la naturaleza con una superioridad innata, forzosamente tiene que ser jefe de tribu. Todo esto se ha visto frecuentemente en la literatura de viajes, tanto en los relatos “verdaderos” como en los abiertamente ficticios, como por ejemplo las absurdas novelas de Tarzán.

Entre los tópicos familiares de los libros de viajes que aparecen en la historia es la ruta difícilísima, con varios medios de transporte, para llegar al “otro mundo” de la selva (79-80). Los aficionados del género también reconocerán los muchos peligros y apuros que el viajero pasa:

Y helos allí durante un mes extraviados en el infierno magnífico, devorando monos y tortugas gigantes, resguardándose de los tigres y de los naturales, peores que los tigres; sus flechas, largas como lanzas, caen rectas del cielo y clavan a un hombre para siempre. (82)

Este pasaje nos recuerda la narrativa curiosa del notorio explorador desaparecido, el Coronel Percy Fawcett, una figura tan excéntrica que parece una invención literaria. Su libro *Lost Trails, Lost Cities* (1953)[Senderos perdidos, ciudades perdidas] describe los peligros de la selva de una manera tan exagerada que nos preguntamos cómo el autor ha sobrevivido para poder contarnos sus peregrinaciones. Una alusión más sutil viene en el circunloquio empleado para referirse a la

sal: “el precioso condimento .” (80) En un libro genial escrito por un miembro de una de las expediciones organizadas para buscarlo al Coronel Fawcett, *Brazilian Adventure* (1933) por Peter Fleming, el autor nos dice que él y un compañero del grupo, con un instinto de parodia y burla de sí mismo netamente inglés, jamás dicen la palabra “agua,” prefiriendo una expresión de los libros de relatos que han leído: “the Precious Fluid [el precioso fluido].” (130) Seguramente Ventura García Calderón conoce la tradición a la que pertenecen estos textos, y se aprovecha de sus posibilidades cómicas.

El juego más efectivo en el cuento es el que tiene que ver con el canibalismo. A lo largo de la historia de los relatos de viaje, empezando con la *Odisea*, si no antes, ha sido casi automático atribuir la antropofagia a los habitantes de las partes remotas del mundo, y en especial a los de las selvas. Hay que notar que el antropólogo William Arens, en su estudio *The Man-eating Myth: Anthropology and Anthropophagy* (1979) [El mito del devorador de hombres: antropología y antropofagia], ha demostrado que la inmensa mayoría de las acusaciones de canibalismo – quizá todas – se hacen sin evidencia. Con propósitos políticos o literarios, puede ser muy útil atribuir esta costumbre tabú a ciertos grupos. Así se han justificado los ataques contra las tribus indígenas del Caribe y de la costa de Brasil. Así los autores de libros sobre aventuras en el Congo y la región amazónica han añadido una atracción mórbida a sus narrativas. Sin embargo, a base de las investigaciones de Arens, podemos negar que el canibalismo exista como una costumbre aceptada de ningún grupo humano. La violación del tabú ayuda a vender libros, y al fin y al cabo, es imposible demostrar que el canibalismo no exista. Los autores de narrativas de viaje, bien se sabe, suelen mentir cuando les sirve hacerlo, y una de las mentiras más populares siempre ha sido ésta del canibalismo.

Ahora bien: no sabemos si Ventura García Calderón creía en la existencia del canibalismo en las regiones selváticas del Perú. En realidad no importa: lo que sí se puede decir con confianza es que apreciaba la utilidad del tópico en los relatos de viaje, y supo adaptarlo para su cuento.

Lucien Vignon llega a Iquitos, y el gobernador, reconociendo el tipo, le sugiere: “¡Si venía en busca de sensaciones fuertes, que fuera a tierra de caníbales!”(81) Sin dudar por un momento la realidad del canibalismo, Vignon parece sentirse justificado en matar a cualquier indígena que vea para que éste no se lo coma:

Un día que los exploradores habían descubierto en un calvero una tribu pequeña, a la que persiguieron a tiros, los salvajes lograron escaparse, salvo una pobre vieja y su acompañante, una hermosa muchacha que mordió en el brazo a sus raptos. (82)

Hasta en este último detalle, García Calderón puede estar aludiendo a la tradición europea de representaciones del canibalismo americano: las xilografías de Theodore de Bry, publicadas con una selección de narrativas de los primeros contactos entre europeos e indígenas, muestran a

éstos, y en especial a las mujeres, contentamente devorando brazos y piernas enteras.¹ Lo que la muchacha hace para defenderse se puede interpretar como una expresión de su naturaleza antropófaga – aunque García Calderón sabe que sus lectores seremos demasiado sofisticados para hacer tal error, y sonreiremos con él.

De acuerdo con una de las convenciones divulgadas, García Calderón atribuye una especie de canibalismo ritual a la tribu, y subraya la arrogancia de Lucien Vignon en su falta de respeto a las creencias indígenas: “Aquella vieja hechicera procedía, en suma, como una dama católica que desea morir según sus ritos. (83)” En una parodia de los discursos pomposos y pseudo-etnológicos que aparecen en tantos libros de viaje, nos dice:

Ésta es la parte de mi relato más difícil de explicar en Europa, en donde se atribuye siempre a los caníbales hábitos de vil glotonería. Los hay que son materialistas y sólo piensan en el “trozo selecto,” pero os aseguro que los indios de mis tierra son espiritualistas a menudo. (82-83)

Lucien Vignon, no cabe duda, comparte la idea común de los europeos, y sus ideas no se cambian a causa de sus experiencias en el Perú: lo que creía al entrar en el país, creía al volver a Francia, y ni siquiera el casarse con la indiecita puede afectar sus nociones preconcebidas. Ella, por contraste, se adapta rápidamente al mundo nuevo que explora con su esposo; hasta se nos dice que en París “leía ya novelas y relatos de viaje,” aunque lamentablemente no escribió ninguno (84).

Lucien Vignon vuelve al Perú “a completar sus trabajos,” como se ha dicho antes. En otras palabras, quiere acumular materiales para un segundo libro. La tribu de su esposa logra atraparlo, matarlo, y comérselo en “una extraña y sin duda irónica ceremonia.” (85) La ceremonia expresa el desprecio de los indios para los “civilizados,” los cuales la esposa de Vignon aprende rápidamente a caracterizar: “sucios, embusteros y ladrones (83). Este desprecio refleja el tema central de *La venganza del cóndor*, y más generalmente el resentimiento de Ventura García Calderón hacia los que menosprecian las repúblicas americanas. Lucien Vignon deja de ser autor y protagonista, y pasa a ser figura de anécdota en la narrativa de “Víctor Landa,” cuya perspectiva se puede deducir de la última oración del cuento, en la que describe la reacción de los indígenas a madama Vignon cuando vuelve a su selva natal después de la muerte de su esposo:

Los indios de su tribu la desdeñan porque es una civilizada ya; es decir, que ha aprendido a mentir, que roba los maridos a las demás mujeres y que se niega a bañarse de la mañana a la noche, como sus compañeras, en los sagrados ríos de mi tierra... (86).

“Historias de caníbales” es distinto de los otros cuentos en *La venganza del cóndor*, en su ubicación – casi todas las historias tienen lugar en la región andina – y en su narración. Como los otros relatos, trata de una confrontación entre el continente misterioso, en sus aspectos físicos y

¹ Véase, por ejemplo, esta imagen memorable: <http://en.wikipedia.org/wiki/Cannibalism>.

humanos, y los ajenos que se proponen explotarlo sin comprenderlo. Muchas veces el continente exige la vida del intruso; casi siempre, si no le quita la vida, le humilla el orgullo. En cuanto al tema general, entonces, este cuento hace juego con los otros. Las muchas diferencias radican en la idea genial de parodiar los relatos de viaje. Es como si “Víctor Landa,” un narrador que conoce a fondo tanto París como la selva peruana, hubiera asumido la responsabilidad de componer el último relato de viaje del difunto Lucien Vignon; sin embargo, en vez de contarlo tal y como lo habría hecho el francés, lo narra con una verdadera comprensión de la realidad latinoamericana. El tono irónico, sofisticado, y juguetón de casi todo el cuento – abandonado en algunos momentos de elocuencia sincera – produce una historia que es notablemente más sutil y efectiva que los cuentos más directos y serios que componen el resto de la colección. La parodia de los relatos de viaje, quizá, le permite al autor la distancia crítica que le hace falta para demostrar a los europeos que los latinoamericanos – como los indígenas que se vengan de Lucien Vignon – “conocen bien sus libros de hechicerías y sus dioses ridículos.” (86) Conocen igualmente bien sus libros de viajes, los cuales también pueden ser ridículos, y ridiculizados.

OBRAS CITADAS

ARENS, William (1979): *The Man-eating Myth: Anthropology and Anthropophagy*. New York: Oxford UP.

FAWCETT, Percy (1953): *Lost Trails, Lost Cities*. New York, Funk Wagnalls.

FLEMING, Peter (1934): *Brazilian Adventure*. New York, Scribner.

GARCÍA CALDERÓN, Ventura (1924): *La venganza del cóndor*. Madrid, Mundo Latino.

© Philip Krummrich



<http://lejana.elte.hu>

Universidad Eötvös Loránd, Departamento de Español, 1088 Budapest, Múzeum krt. 4/C